LA LIBERTAD DE PROFESIÓN EN LOS CLAUSTROS FEMENINOS DURANTE LA EDAD MODERNA: EL PROCESO DE NULIDAD DE PROFESIÓN DE SOR ISABEL MANCHO

POR

ANA SANZ DE BREMOND Y MAYÁNS

Universidad Complutense de Madrid

Las razones que llevaron a muchas mujeres a ingresar en los claustros durante la Edad Moderna fueron abundantes y variadas, pero difíciles de conocer y catalogar, debido a la escasa documentación que se ha conservado sobre el tema.

Para obtener una visión más clara de este asunto, habría que comenzar por conocer cual era la situación de la mujer en la Edad Moderna y cual era, o se suponía que era su lugar y su función. La literatura de la época, tanto moralistas como literatos, nos ilustran ampliamente sobre ello, mostrándonos una sociedad en la que las clases aristocráticas se erigen como portavoces de un modelo social estamental, altamente masculino y patriarcal¹. Dentro de este contexto, la mujer es considerada como la causante de males y desdichas, enemigo irreconciliable del hombre y de naturaleza deleznable², había por tanto que dedicar

¹ Mariló VIGIL, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986, p. 15.

² Numerosos autores se han hecho eco, en sus obras, de estos textos misógenos que podemos encontrar a lo largo de los siglos XVI y XVII. Entre ellos podemos destacar las de: J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad Barroca*, Madrid, 1988; José DELEITO Y PIÑUELA, *La vida religiosa en España bajo el cuarto Felipe*, Madrid, 1952; Mariló VIGIL, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986; o M.^a José ARANA, *La Clausura de las mujeres*, Bilbao, 1992. Concha TORRES SÁNCHEZ, *La Clausura femenina en la Salamanca del siglo XVII*, Salamanca, 1991. Todos ellos nos ofrecen innumerables ejemplos de textos de autores tan conocidos como Fray Hernando de Talavera, Fray Luis de León, Gracián, Villalobos, Platón, etc.

todo el esfuerzo en conseguir que se ajustara a las normas establecidas por el hombre, aceptando, sin protestar, el lugar que este le tenía destinado³.

En estas circunstancias, la mujer se veía, casi siempre, abocada al enclausamiento, ya fuera en casa o en el convento, pero siempre encerrada. M^a José Arana, en las conclusiones finales de su Tesis Doctoral, sobre la clausura femenina, lo expone de una manera clara y rotunda: «Las mujeres laicas y las religiosas de los siglos XVI y XVII no fueron impulsadas a caminar por sendas muy dispares. Se vieron empujadas hacia el encerramiento, en clausura doméstica y monástica»⁴. No nos puede resultar pues extraño encontrar en los claustros un elevado número de mujeres cuyo ingreso era debido a muy diferentes motivos.

Curiosamente, junto a las motivaciones puramente espirituales, que llevaron a muchas mujeres a ingresar en los conventos, existieron otras, no tan elevadas, pero sí muy en consonancia con el espíritu de la sociedad barroca. Tiempo, este, en el que una mujer sin dueño, cualquiera que fuera la causa, no podía vivir de manera honorable y a salvo de las murmuraciones. Es decir, tanto la doncella como la viuda, se encontraban en el punto de mira de la sociedad de la época. El convento se convertía así, según palabras de Sánchez Lora, en un habitáculo donde se reproducían las condiciones de vida óptimas que una sociedad consideraba imprescindibles para conservar a salvo los valores femeninos y que, a fin de cuentas, se reducían a uno sólo, la honestidad⁵.

Desde luego, en los conventos, había quienes ingresaban de manera voluntaria, jóvenes que tenían inquietudes espirituales y que deseaban ser monjas a cualquier precio, incluso en algunos casos a pesar de contar con una completa oposición paterna⁶. Pero en otras muchas situaciones, se buscaba el convento como la solución al encerramiento y aislamiento de las mujeres.

³ A partir del siglo XVI la mayor parte de los moralistas dedicaron su atención a la tarea de elaborar modelos de perfectas doncellas, perfectas casadas, perfectas monjas y perfectas viudas. Así, por ejemplo, FRAY CRISTÓBAL DE FONSECA en su *Tratado del amor de Dios*, capítulo LIII, pág. 343 dice: «Que sean muy casera y recogidas. Decía un filósofo que la mujer avía de hacer tres salidas, a baptizarse, a casarse y a enterrarse. El salmo 127 es una bendición de un casado: Dios te de una mujer tan fértil y tan fecunda como una parra, de quien suelen estar pendientes innumerables racimos, pero esa parra, no salga a la ventana, ni a la puerta, que corre el peligro de que la roben, sino sustente su fertilidad en los rincones de la casa.» Publicado por J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 50.

⁴ M.^a JOSÉ ARANA, *La Clausura...*, op. cit., pp. 301-302.

⁵ J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 149.

⁶ Este sería el caso de Santa Teresa de Jesús, fundadora del Carmelo Descalzo, la cual a pesar de la oposición de su padre y escapándose de casa ingreso en la Orden del Carmelo y para quién la clausura no era una cárcel, sino todo lo contrario: «Me parece a mí me hizo harto daño no estar en el monasterio encerrada; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad...para mí que soy ruin,

Dentro de los monasterios, además de las religiosas voluntarias o forzosas, estaban, en primer lugar, las doncellas que eran llevadas al convento desde pequeñas, para salvaguardar su honestidad y su castidad, y de las que nos ocuparemos más adelante. También encontramos en los claustros viudas que se retiraban al monasterio para vivir el resto de sus días con tranquilidad. Así mismo, los monasterios podían convertirse en refugios donde esconder amores frustrados⁷ o donde poder purgar la mala vida llevada con anterioridad.

Las razones por las cuales los familiares de una joven podían persuadirla o forzarla a tomar el estado religioso sin vocación eran fundamentalmente económicos. En el siglo XVII las desorbitadas dotes exigidas, por las familias económicamente fuertes o por la aristocracia, para acceder al matrimonio impedían a muchos padres poder igualar a todas las hijas para ese estado:

«Los conventos de mujeres son con mucha frecuencia refugios de mujeres de calidad que acuden a ellos para hacer retiro de su viudez, o asilos para jóvenes nobles que independientemente de toda vocación han sido destinadas al claustro por sus familias... son una grandísima parte de la nobleza de España, adonde los grandes señores y toda la gente ilustre que no puede casar de seis ni de cuatro hijas más que una, y para el remedio desta, por ser las dotes excesivas van las otras hermanas a los monasterios compelidas por la necesidad»⁸.

En la sociedad del siglo XVII la idea de «la honra» se encontraba por encima de todo y esta se perdía para la familia si uno de sus miembros hacía un matrimonio inferior en hacienda o en nivel social; la solución estaba pues, en la mayoría de los casos, en primar una o dos hijas, dependiendo de las riquezas familiares e ingresar al resto en el convento:

«Un matrimonio sin dote deberá rebajarla de su condición. Si fuere dada a un esposo igualmente pobre, será siempre expuesta a las miserias. Si fuere dada a un rico, será siempre expuesta al desprecio. En tales circunstancias es disculpable su afán. Si con estas razones os exhortan a las Nupcias con Cristo, no os proponen la mejor intención, más os proponen el mejor partido»⁹.

hubierame cierto llevado al infierno.» SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*. Texto publicado por J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 151; y J. ÁLVAREZ GÓMEZ (CMF), *Historia de la vida religiosa*, Madrid, 1990, vol. III, páp. 305 y ss.

⁷ J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 150.

⁸ Texto de fray Hernando del Castillo citado por M. DEFORNEAUX, *La vida cotidiana en España en el siglo de Oro*, Buenos Aires, 1964; A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Las Clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1973, p. 323; J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 140; y E. CUTILLAS BERNAL, *El monasterio de la Santa Faz: religiosidad popular y vida cotidiana (1489-1804)*, Alicante, 1998, p. 130.

⁹ Publicado por: M.^a del C. GÓMEZ GARCÍA, *Mujer y Clausura: los conventos cistercienses en la Málaga Moderna*, Málaga, 1997, p. 118.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra, 52 (2000)

De esta forma, las hermanas pequeñas o menos agraciadas veían consumir su vida en el claustro a cambio de que la, o las elegidas, pudieran acceder al matrimonio aportando, al mismo, dote y ajuar acorde con las circunstancias familiares. Incluso en muchos casos, cuando la situación económica de la familia era extremadamente mala se podían llegar a solicitar plazas de presentación en conventos del Real Patronato: «*Las peticiones de militares que deseaban obtener plazas para sus hijas en conventos del Real Patronato eran numerosas*». Según datos aportados por Antonio Domínguez Ortiz, tras el Concilio de Trento, en 1674, la Cámara de Castilla señalaba que había «Una cola de 160 peticiones para los conventos de Madrid»¹⁰.

La toma de hábito de una o varias hijas de un matrimonio, redundaba de manera doble en la economía familiar ya que las novicias tenían la potestad para renunciar a la legítima paterna y materna, lo cual incrementaba, aún más, la hacienda de los que quedaban, tanto varones como mujeres:

«Podrán las novicias, haciéndose instancia por los padres renunciar la legítima paterna y materna, mas en ninguna manera las herencias que por la línea transversal las pueden venir»¹¹.

Llegados a este punto convendría, analizar ahora cuales eran las formas o maneras que tenía las familias de convencer o forzar a estas jóvenes y en muchos casos niñas a profesar en el convento. Para ello recurriremos de nuevo a la abundante bibliografía existente sobre el tema, tanto coetánea como actual. La mayor parte de los autores coinciden en afirmar que los cronistas de la época insistían en la importancia de hacer ingresar a las niñas en los conventos desde muy jóvenes para, de esta manera, salvaguardar sus honestidad. Alonso de Andrade recomendaba que las niñas fueran educadas en los conventos:

«Lo que recomiendo es que en destetándola (...) la envíes luego (...) a un monasterio. Sálganle los dientes en la religión, y (...) criese en el convento (...) de esta suerte te librará del cuidado de guardarla, porque sin duda, te está mejor sufrir su ausencia que cuidar de su educación»¹².

¹⁰ Mariló VIGIL, *La vida de la mujer...*, op. cit., p. 209; y A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Las Clases privilegiadas...*, op. cit., pp. 223-224.

¹¹ B.N.M. *Constituciones Generales para todas las Monjas y Religiosas, sujetas a la obediencia de la Orden de Nuestro Padre San Francisco en toda la familia cismontana. De nuevo recopiladas de las antiguas y añadidas con acuerdo, consentimiento y aprobación del Capítulo General, celebrado en Roma a once de junio de 1639*. Madrid, 1748.

¹² ALONSO ANDRADE, *Vida de la Gloriosa Señora Santa Gertrudis la Magna, Virgen Purísima, una de las mas queridas Esposas de Jesuchristo, Abadesa del monasterio de Islebo*, 1663, publicado por Mariló VIGIL, *La vida de la mujer...*, op. cit., p. 57.

Durante el proceso de sor Isabel Mancho se afirmaba que su cuñado la había hecho ingresar en el convento porque: «*La gente dezia que era rapaza desenbuelta, bulliciosa y traviesa de buena cara, con muy pocas conveniencias temporales... y para que nos les afrentara*»¹³.

Durante la Edad Moderna surgieron, en los conventos de monjas, una especie de colegios femeninos, en ellos, encontramos grupos de jóvenes seglares que compartían el claustro con las religiosas, pagaban una pensión alimenticia, tenían una residencia aparte, y cuya vida estaba regulada en las constituciones de las diferentes órdenes. Estas jóvenes eran instruidas en labores y prácticas piadosas, asistiendo a misa y a las prácticas religiosas en un lugar específico de la iglesia del convento. La finalidad de estos colegios parece clara, a esas prontas edades las muchachas eran muy influenciables y, no habiendo conocido otro tipo de vida, no resultaba complicado que no opusiesen resistencia a entrar en el claustro. En la mayoría de los casos, permanecían allí hasta su salida para ingresar en el noviciado¹⁴.

De la misma forma, muchas veces, las monjas acogían en sus conventos niñas, que solían ser parientas suyas y a las que cuidaban en sus mismas celdas, por regla general solían ser parientes que quedaban huérfanas o desamparadas aunque, en ciertos casos, eran llevadas al convento por sus padres, para que sus parientas monjas las prepararan para la vida religiosa. Este parece ser el caso de sor Isabel, la cual, según se desprende del proceso fue llevada al convento muy joven, por su hermana y su cuñado, que se habían hecho cargo de ella al morir sus padres.

En último lugar, encontramos algunas doncellas que, aconsejadas por sus parientes, aceptaban entrar en el convento incluso sin vocación. En estos casos resultaba difícil discernir entre los consejos y las presiones familiares, y se les intentaba hacer recapacitar en caso de que intentaran abandonar la vida religiosa a la que se las había destinado:

«Jovenes estimuladas de vuestros padres a ser Religiosas, no siendo de Dios llamadas, exercitad quanto hasta ahora os he dicho; y despues de tales reflexiones, resolved. De este modo aunque los primeros impulsos de vuestra determinación vengan del mundo, los movimientos determinativos de vuestra resolución vendrán unicamente de Dios»¹⁵.

¹³ AHN Sección Clero, *Proceso de Nulidad de una monja*, libro 19878. Fol. 2.

¹⁴ Aunque cada orden religiosa tenía sus constituciones para estas jóvenes, nosotros nos hemos basado en las de las Clarisas, por ser esta la orden a la que pertenecía sor Isabel Mancho. B.N.M. *Constituciones Generales para todos los colegios de doncellas seglares, que están en los conventos de la Orden de Nuestro Padre San Francisco. Hechas y aprobadas en el Capitulo General de Roma del año 1639*. Madrid, 1748.

¹⁵ Publicado por: M.^a del C. GÓMEZ GARCÍA, *Mujer y Clausura...*, op. cit., p. 121.

Cuanto acabamos de reflejar puede aplicarse, casi en su totalidad, al *Proceso de nulidad de sor Isabel Mancho*, natural de la villa de Sos (Aragón) Religiosa Profesa del convento de la Purísima Concepción de Alagón, conservado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. El texto se compone de 70 folios de declaraciones ofrecidas por testigos aportados por sor Isabel y el convento, respectivamente y constituye, a nuestro entender, un documento muy valioso para poder conocer un poco mejor el hecho de la clausura femenina durante la Edad Moderna¹⁶.

En las declaraciones aportadas al proceso por sor Isabel y sus testigos, puede comprobarse la falta de libertad que la joven tuvo a la hora de elegir su futuro. Desde pequeña, fue aconsejada y persuadida por sus familiares para que abrazara la vida religiosa:

«Dize que algunas vezes oyo a Ysabel Mancho que Miguel Duarte le hazia instancias para que fuese Religiosa y que ella le dezia que no la llamaba Dios por ese camino y que antes tomaría cualquier otro estado»¹⁷.

En otro lugar, sor Isabel nos habla de la violencia con que fue conducida al convento:

«Que tomandola en los braços una vez la saco por una ventana alta diziendole que sino se hazia Religiosa la hecharia en una huerta que estava debaxo y en otra ocasión passandole por Ebro tomandola tambien en braços hizo ademan de echarla en el rio porque dezia que no queria ser Religiosa y queriendo ir a Casa Duarte disparo una escopeta y con la polvora le dio en la cara y con los perdigones en la pared y del susto la dicha cayo y estuvo un rato desmayada, y aunque el cuñado dijo que la escopeta se disparo acaso pero Ysabel pudo creer que lo sucedido fue descuido con cuidado»¹⁸.

En otra declaración dice, la misma Isabel, que su hermana Gracia Mancho y su cuñado Miguel Duarte la metieron en el convento para quedarse con la herencia de su padre, después de haberla criado desde pequeña, tal y como testifican ciertos conocidos de la familia de la religiosa:

«Que Miguel Duarte y Gracia Mancho, su mujer se llevaron a su casa a Isabel desde muy niña, teniendola en su compañía hasta que paso a ser religiosa y tratandola como a hija, assi con palabras como con obras con grande amor y carifio»¹⁹.

¹⁶ El documento estudiado no está fechado pero, si tenemos en cuenta varias fechas a las que el mismo hace referencia (cartas escritas por Sor Isabel Mancho en 1674), podemos deducir que el proceso tuvo lugar en el último tercio del siglo XVII.

¹⁷ AHN Sección Clero, *Proceso...*, fol. 19, Declaración de Ana de Iroz, vecina de Sos.

¹⁸ AHN: *Ibidem*, fol. 4.

¹⁹ AHN: *Ibidem*, fol. 63.

Pero también encontramos en el texto testimonios en contra, que aseguran que sor Isabel desde pequeña había demostrado tener vocación religiosa:

«en muchas y diversas ocasiones, en ausencia de Miguel Duarte y Gracia Mancho estando a solas con Isabel la oyo decir que quería ser Religiosa y que esto lo decía la misma Ysabel de su propia voluntad y que sabe que es publico y notorio en Sos»²⁰.

Teresa de Lara, vecina de Sos, declara:

«que sabe y ha visto y oído y entendido, que sor Isabel desde que llegó a conocerla, que sería a su entender cuando Isabel tenía tres o cuatro años, dijo repetidas veces, de su propio motivo y espontánea voluntad que quería ser monja y esto en presencia y ausencia de Duarte y Gracia»²¹.

Sin embargo, el descontento, con que sor Isabel parece estar en el convento, según se desprende de las declaraciones de los diferentes testigos no ofrece lugar a dudas:

«Que de seys años a esta parte a conocido gran desazon y melancolía en sor Isabel y en particular de tres años hasta ahora, la ha visto con muchos desconsuelos y preguntándole la causa respondía: que tenía mucha repugnancia en vivir en el estado de Religiosa; y que si fuera posible hallar medios para librarse de él los ejecutaría; y que muchas ocasiones llevada de su imaginación pasaba las noches sin dormir y que muchos se levantaba de la cama para desesperarse y que lo hubiera hecho de no asistirle con especial Gracia Nuestro Señor»²².

También sacamos las mismas impresiones de la declaración realizada por Nicolás de Andrea, vecino del mismo Sos y conocido de la religiosa:

«A su parecer que habrá ocho años que dijo sor Isabel Mancho que estaba violenta en el convento, y que había hecho profesión por miedo y amenazas, por las cuales perseveraba contra su voluntad en dicho convento. Y estando en la misma conversación le dijeron algunas religiosas, que no se acuerda quienes eran, que sor Ysabel estaba descontenta y por fuerza en el convento y que algunas religiosas la trataban muy mal y en confirmación de esto vio que con muy malos modos la hicieron salir de la reja, donde estaba hablando con el testigo»²³.

También encontramos a lo largo del texto ejemplos ofrecidos en este caso por novicias, compañeras de sor Isabel acerca de la violencia ejercida por las monjas para hacer que la misma profesase:

²⁰ AHN: *Ibidem*, fol. 19.

²¹ AHN: *Ibidem*, fol. 64.

²² AHN: *Ibidem*, fol. 57.

²³ AHN: *Ibidem*, fol. 18.

«Dize la misma sor Agueda que de otros días a esta parte le conto sor Francisca Mancho que siendo novicias sor Isabel y las otras Mancho le dio la Maestra de novicias a sor Isabel con el palillo de hazer medias en la cabeza, por un pleito que armaron sobre que Isabel dezia que queria ser Religiosa de la Obediencia y aunque entonces no explicó el motivo para ello, sin embargo le parece que ha oido dezir a sor Isabel, que por estar cumplido el numero de Religiosas de la Obediencia (Legas) le dezia que asi no tendria cabimiento su peticion u podría lograr de este modo salirse del Convento....y de este y de todos los demas testigos que no explican el tiempo, se puede entender que han oido lo lo que refieren de pocos años a esta parte cuando disponia las probanças para su intento»²⁴.

Todo parece indicar que el descontento de la monja no era reciente, sino que parecía que estaba allí contra su voluntad, desde el primer momento.

Con el fin de evitar la violencia con que ciertas mujeres fueron obligadas a profesar el Concilio de Trento se ocupó de este tema en su última sesión (sesión XXV). A lo largo del mes de noviembre se preparó un proyecto de Reforma de las Órdenes Religiosas femeninas con prescripciones muy pormenorizadas sobre la admisión de nuevos miembros, estableciendo el ingreso a los doce años y retrasando la profesión a los dieciséis e intentando asegurar la libertad en la emisión de votos. El día 4 de diciembre de 1563 se abordó el tema de la Reforma de los Regulares y de las monjas. El decreto comprende 22 capítulos. En el capítulo 18 se acordaba que nadie debía ser obligado a entrar en religión y que toda novicia antes de emitir sus votos debía ser puesta en libertad para que pudiera elegir, siendo interrogada por el vicario o persona que el obispo designase²⁵:

«La primera diligencia que han de hacer las Religiosas quando alguna viniere a pedir el Hábito Santo es atender al principio de su vocación y examinar bién si viene de afecto propio o viene violentada de sus parientes porque en esto suele haber mucho peligro»²⁶.

Según esto la profesión realizada por sor Isabel Mancho era nula y, sabiéndolo ella, reclamaba aduciendo que había pronunciado sus votos bajo presión y violencia:

«...estava cierta que habia professado con violencia y contra su voluntad y que en conciencia no la obligaban dichos votos, no puede haver notizia más cierta de que una

²⁴ AHN: *Ibidem*, fol. 56.

²⁵ H. JEDIN, *El Concilio de Trento*, vol IV, «Conclusión, sesión XXV», p. 265.

²⁶ Fray Antonio ARBIOL, *La religiosa instruida... para todas las operaciones de su vida regular, desde que recibe el hábito santa, hasta la hora de su muerte*, Madrid, 1791, p. 32, también publicado por J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 141; y E. CUTILLAS BERNAL, *El monasterio de la Santa Faz...*, op. cit., p. 131. J. L. SÁNCHEZ LORA, *Mujeres, conventos...*, op. cit., p. 140; y E. CUTILLAS BERNAL, *El monasterio de la Santa Faz...*, op. cit., p. 131.

profession es nula, que aquella por la qual se sabe con certeza que no obligan en conciencia la profession y los votos...»²⁷.

El miedo que tenía sor Isabel a su cuñado y la ignorancia de su muerte, anterior a su profesión, parecen haber sido el determinante de que profesara, tal y como se desprende del texto:

«Que no se puede dudar de la ignorancia que la Actora quando professo tuvo de la muerte de Miguel Duarte; porque sus parientes y las demas Religiosas, con el desseo que tenían de que professara y de que professa perseverara en el Convento en donde estava encerrada, procuraron siempre ocultarla, dicha muerte y aun la amenazaban con dicho Miguel diziendole que le avisarian (despues de muerto) de lo que la dicha hazia y dezia como harto claramente se deduce de lo que refiere el testigo primero»²⁸.

El Concilio establecía, también, que todos aquellos que probaran, ante sus superiores, dentro de los cinco años siguientes a los de su profesión, haber ingresado en el convento por obligación, pudieran dejar el claustro. Es de suponer, que esta teoría que en principio era buena, en la practica tuvo poca incidencia, ya que, muchas de las jóvenes, obligadas a ingresar en los conventos, no contaban con manera de mantenerse en el caso de abandonarlo, luego la salida sólo era posible cuando tuvieran el medio de vida resuelto o alguien dispuesto a casarse con ellas²⁹.

En el caso de nuestro documento, también ese periodo había pasado y la ignorancia de la legislación tridentina por parte de sor Isabel parece ser la causa del retraso en la reclamación:

«El Concilio de Trento determina que sea oído quien no reclamase dentro de los cinco años primeros, porque presume que esta validada la profesión quando hubiese sido nula. Luego según la cuenta del Concilio, para no ser oída Isabel, ni sacarla del Convento, bastan presunciones de derecho contra el impedimento de la ignorancia, que alegó sin que sean menester liquidisimas probanças (...) más convence que Isabel supo de la muerte de Duarte antes de ratificar la profession. Se tomo de lo mismo que confessa de una suplica escrita y firmada de su mano a 21 de diciembre de 1674 (...) donde dize que protesto de no haberse valido del derecho que tenía para reclamar por haber sido con violencia su profesión (...) ha sido por no saberlo pues en el segundo quinquenio que es en el que estoy tuve noticia que podía reclamar dentro del primero y salir del convento quien hubiese profesado con violencia; y sabiendolo ya tarde para poderlo hacer, me lamenté de mi ignorancia y de no haberlo sabido a tiempo para manifestar mi desconuelo ante juez competente (...)»³⁰.

²⁷ AHN Secció Clero, *Proceso...*, fol. 50.

²⁸ AHN: *Ibidem*, fol. 14.

²⁹ Mariló VIGIL: *La vida de la mujer...*, *op. cit.*, p. 210.

³⁰ AHN Sección Clero, *Proceso...*, fol. 48.

Sin embargo, y a pesar de ello, insiste en el proceso de anulación de sus votos, a fin de poder abandonar el convento a pesar de las oposiciones del convento y sus superiores:

«Que passados seis años la ratificó delante de toda la comunidad libre y espontaneamente, con sabiduría como ella misma confiesa de la nulidad de su primera profesión y con noticia de la muerte de Duarte ocho años antes.»

Y que:

«Siendo cierto aun quando su profession y ratificación hubiessen tenido evidente nulidad cumplido el quinquenio (...) no pudo reclamar ni recurrir a otro que Su Santidad por ser para tiempo passado la jurisdicción del Superior Regular y del Ordinario (...) Como harto claramente se deduce del mismo Concilio Tridentino (...) el Concilio reprehendió que las donzellas despues de consagradas a Dios, passasen a las bodas y comercios del siglo, sino que tuvo por extraña inmoderación que estas mudanzas y tránsitos los intentanran después de tener 25 años y sor Isabel ya tiene veintinueve o treinta años»³¹.

Manuel Rodríguez, Fraile Menor de N.P.S. Francisco, en su manual *Suma de casos de conciencia con advertencias muy provechosas para confesores* dice:

«Meter a una persona en el convento contra su voluntad es delito de excomunión, pero el que persuade a aconseja a una para que la constriña a entrar en el convento no incurre en descomunión, porque persuadir a alguien a que tome el hábito es obra santa; ni incurre el padre que con licencia del ordinario procura meter a la hija (huerfana de madre) hasta que sea para se casar. Pero incurre en pena la que la mete allí para que la guarden y luego no la quiere sacar, rogando a los otros para que la persuadan para que se quede monja»³².

Teniendo en cuenta que según los testigos aportados por la familia y el convento: «creyeron que dicho Miguel en lo que hizo no faltó a su obligación porque con eso daba esposa a Cristo...» tanto la abadesa como las religiosas del convento de la Purísima Concepción se creían en la obligación de hacer perseverar a sor Isabel tal y como se plantea en el texto del proceso:

«a su notizia a llegado que el dicho padre provincial y las Abadesas y Religiosas de dicho convento de Alagón, quieren y entienden impedirle a Sor Isabel Mancho la introducción y prosecución de dicha causa apremiandola en su persona y transportandola de dicho convento a muy remotos lugares del referente Reyno y hacerle otros procedimientos malos, tocantes en odio de dicha causa, por o que el dicho procurador suplica a V.M.

³¹ AHN: *Ibidem*. Fol. 68.

³² M. RODRÍGUEZ FRAILE O.F.M., *Suma de casos de conciencia con advertencias muy provechosas para confesores*, Salamanca, 1595, vol. II, p. 44.

dicho Señor Vicario General provea el presente y mande sequestrar y sequestre del poder del poder de dicha Abadesa y Convento a Ysabel, con tal que la dicha primeramente y ante todas las cosas, jure sor Ysabel todo lo sobredicho (...) Y lo juró sor Ysabel»³³.

El texto comprende las testificaciones aportadas por ambas partes sor Isabel Mancho y su representante el señor Oficial Lázaro Romeo y la censura que de su sentencia de nulidad realiza Fray José Sanz de Vilaragut Predicador de su Majestad y Guardián del convento del Iesu de Zaragoza, pero el referido escrito no nos dice si Sor Isabel consiguió finalmente que su profesión fuese anulada y volver al siglo. De cualquier forma, pasase lo que pasase, lo que realmente es determinante es que, aunque el número de mujeres obligadas a profesar no fuese demasiado elevado, hubo algunas mujeres que si lo fueron y que aunque el Concilio de Trento, y más tarde algunos papas se ocuparan del asunto³⁴, en la práctica, se continuó ejerciendo la persuasión e incluso la fuerza y la violencia para conseguir hacer ingresar en los claustros a jóvenes que, en otros casos, hubieran elegido, casi con toda seguridad otros caminos.

³³ AHN Sección Clero, *Proceso...*, fol. 31.

³⁴ Clemente VIII, el 12 de marzo de 1596, en la constitución *Regularis Disciplinae*, prohibió la entrada en religión sin vocación y reguló las condiciones para la admisión de novicios en los conventos. J. ÁLVAREZ GÓMEZ (CMF), *Historia de la vida religiosa*, vol. III, Madrid 1990, p. 283.